

**Gonzalo Cataño, *La artesanía intelectual*
(Bogotá: UPN y Plaza & Janés, 1995), 133 p.**

Tomás Antonio Vásquez A.*

En el espacio universitario colombiano, en el que poco son dados el uso del texto de revista, de periódico y la transcripción de la mesa redonda o de la conferencia como apoyo al quehacer pedagógico, son contados, a la vez que afortunados, aquellos autores de ciertos trabajos que mucho antes de ser publicados en libros ya son conocidos ampliamente en las aulas universitarias a través de fotocopias. En Colombia, el ejemplo más relevante es el de Estanislao Zuleta: de mano en mano, las fotocopias de sus conferencias se tornaron familiares en nuestras universidades. ¿En qué Universidad no circuló en su momento el texto de su conferencia sobre la lectura? ¿O el de aquella otra sobre el “elogio de la dificultad”?

Un fenómeno muy cercano al anterior venía ocurriendo con un par de ensayos “suelos” del sociólogo Gonzalo Cataño: uno sobre el ensayo sociológico y el otro sobre la publicación oral y la impresa. Publicados inicialmente en una revista de provincia el primero y en folletos y revistas de escasa circulación el segundo, rápidamente se popularizaron en las aulas universitarias. Ahora han sido organizados bajo el título de *Artesanía intelectual* en una sencilla y atractiva publicación de la Universidad Pedagógica Nacional en asocio con la editorial Plaza y Janés.

De uno de los trabajos, dedicado al ensayo, hay que decir que constituye un punto de obligada referencia sobre un tema tan importante como descuidado por la reflexión contemporánea. El profesor Cataño parte con una indagación acerca del uso del vocablo «ensayo» con el que algunos autores han titulado sus obras y nos trae ejemplos de clásicos como Voltaire y su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, John Locke y su *Ensayo sobre el entendimiento humano* o como Montaigne y sus *Ensayos*. Estos primeros trabajos tenían en el fondo un propósito educativo para el público lector. Sus «especulaciones» y enseñanzas giraban alrededor de asuntos como la verdad, la mentira, la guerra, la amistad, la soledad, etc.

A partir del siglo XIX, bajo el influjo de la filosofía, la sociología y la historia, el ensayo empieza a zafarse de las «especulaciones» en busca de cientificidad. Pero es con el desarrollo de las ciencias sociales, por un lado, y con los nuevos contextos económicos, políticos y sociales del siglo XX, por el otro, cuando el ensayo se convierte en un medio corriente de expresión de los escritores. Es el caso de Jean Paul Sartre y sus *Situaciones*, que bien pueden tenerse como verdaderos modelos del ensayo del siglo XX. En ellos se articula Psicoanálisis, Fenomenología, Marxismo y Existencialismo, en lo que hoy llamariamos interdisciplinariedad. Aquí las especulaciones personales se reducen para dar cabida al análisis crítico propuesto por las ciencias humanas.

En el plano latinoamericano, el profesor Cataño nos describe la evolución del ensayo en este contexto, donde se reviste de ciertas particularidades, entre las que se pueden subrayar la pretensión de abarcarlo todo: la crítica literaria, “la discusión política y social, las controversias sobre educación y moral”. Carpentier, Sábato, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, y más atrás en la historia: Mariátegui, Alfonso Reyes, Pedro Enriquez Ureña, entre otros, asumen desde el ensayo una crítica sobre la problemática socio-política de

* Profesor de la Facultad de Educación de la Universidad Pedagógica Nacional.

América Latina. De allí se concluye que es en el ensayo en donde encontraríamos lo mejor del pensamiento Latinoamericano.

El siglo XX trae consigo el desarrollo y la institucionalización de las ciencias sociales en nuestro país. Los escritores empiezan a matizar el tratamiento libre y personal de los temas con la organización de la exposición de las ideas. Esto último permite al profesor Cataño ubicar al ensayo entre la informalidad y la formalidad. En lo primero cabrían aquellos textos que, dando campo a la imaginación y a la fantasía, al humor y a la sátira, consagran una libertad a la forma como expresión de la subjetividad. En lo segundo estarían aquellos textos que, con un argumento central y haciendo uso de conceptualizaciones, exponen y desarrollan unas ideas, buscando siempre la objetividad. Entre estos dos polos oscila el ensayo y al parecer en esto se inspira Alfonso Reyes para llamar al ensayo “el centauro de los géneros: mitad ciencia, mitad literatura”.

Desde la perspectiva sociológica, el ensayo tomado de la literatura y ‘racionalizado su pathos’, sirve a todos los autores clásicos de esta disciplina para exponer sus ideas. Esta apropiación torna conflictiva la relación entre el ensayo sociológico y el literario, a la que el profesor Cataño en su análisis aporta valiosos elementos, al concluir que el primero, al trabajar con conceptos definidos, siendo más cuidadoso con los datos y con las fuentes de apoyo, se acerca más a la objetividad, en cuanto se desprende de la visión personal y de los «impulsos lúdicos». En este sentido, es una manifestación de la ciencia sociológica.

“Si la literatura —dice Cataño, y en esto nos recuerda a Barthes— es el reino de la libertad, de la creación, de las imágenes, de los sueños, de la belleza; la sociología en cambio no es libre ni bella”, su relevancia tiene que ver más con la fuerza de los argumentos. No obstante, es utópico pretender hallar fronteras demarcadas allí donde nunca han existido, sobre todo cuando la idea misma de frontera, tanto en las disciplinas sociales como en los géneros, está siendo replanteada con fuerza. Así, pues, el ensayo sigue cargando con su dosis de ambigüedad que, en sentido positivo, le permite moverse en varios niveles, a la vez que posibilita la exploración en distintas direcciones cuando se trata de difundir reflexiones, avances o resultados de investigaciones.

Las notas que el profesor Cataño nos ofrece sobre el ensayo son oportunas, precisamente hoy cuando la polémica sobre la Modernidad ha incluido las formas de expresión y de circulación del pensamiento como un punto clave para la discusión. Aunque no es éste el espíritu del trabajo, si suscita algunos interrogantes al respecto; como por ejemplo: ¿Sigue siendo el ensayo el eje alrededor del cual gira la expresión y publicación del conocimiento científico?

El otro trabajo que nos ofrece el profesor Cataño en su libro, con el rigor y la agudeza que le son propios, tiene que ver con uno de los problemas más inquietantes de la labor académica de nuestros docentes universitarios: la producción intelectual. Pero, a diferencia de quienes no pasan más allá de la queja y el juicio fácil, ahorrándose con ello la investigación y el análisis, Cataño se adentra en los quehaceres cotidianos y en las rutinas del docente universitario, mostrando cómo muchos de ellos reducen su largo paso por la universidad sólo a “la brega del salón de clase, al control de los ejercicios de laboratorios, a la evaluación de sus alumnos y al desempeño de las ineludibles tareas administrativas del mundo universitario”, ignorando o subestimando su dimensión intelectual.

Las experiencias del docente, al no ser sistematizadas ni organizadas, mucho menos publicadas, se quedan en la mera “transmisión” oral de contenidos en la que siempre se

está partiendo de cero. Esta es una de las razones por las que nuestro profesor tradicional se torna esclavo del texto que usa en clases, convirtiéndose así en “un miembro callado y sin voto de la comunidad científica [...] y en el ejemplo negativo para sus alumnos y colegas más jóvenes en relación con la afirmación de la ciencia y la investigación en el mareo universitario”. Sobre todo si se recuerda que la ciencia es tal en la medida en que se hace pública.

Apoyado en lo anterior, el autor propone un conjunto de estrategias que faciliten “la producción intelectual de los profesores universitarios”. Se parte del hecho de que los profesores no son conscientes de sus experiencias consignadas en los materiales elaborados para mesas redondas, paneles, conferencias, ponencias, informes de investigación, correspondencias, comentarios y reseñas de libros; documentos que, con un disciplinado esfuerzo, pueden someterse a procedimientos analíticos y metodológicos cuyos resultados pueden convertirse en un libro de amplia circulación. A estas estrategias el autor da el nombre de “artesanía intelectual”, siguiendo de cerca el concepto de C.W. Mills.

Históricamente, el profesor Cataño nos recuerda que, si bien es cierto que el vocablo “publicar” usualmente tiende a identificarse sólo con la divulgación de textos impresos, también lo es que mucho antes de Gutenberg ya se publicaba, pues, en un sentido amplio, publicar significa “hacer público” un hecho, una idea o un conocimiento ignorado por una comunidad, aunque para ello solo se recurra a la oralidad. Esta amplitud del término nos permite afirmar que los docentes también publican cuando oralmente “transmiten” un conocimiento. Las publicaciones orales constituyen “el punto focal del trabajo universitario desde los tiempos medievales hasta nuestros días y en ellas encuentra el docente las posibilidades de dialogar con su auditorio, de ajustar argumentos y hacer dinámica la exposición de las ideas; pero esta misma oralidad puede convertirse, como ocurre casi siempre, en la tierra de promisión y en el refugio de la más lánguida retórica. Además, tiene sus limitaciones: no permite el análisis detallado de las ideas complejas.

En esta parte del texto, el profesor Cataño hace duros y polémicos cuestionamientos a la publicación oral, de la que dice es “flor de un día”, pues ella muere con su autor, ya que “a diferencia de Sócrates, la mayoría de los profesores universitarios no cuentan con un Platón que les registre con inteligencia y fidelidad su legado académico”.

La publicación impresa corregirá los vicios y llenará los vacíos arriba anotados, dándole un carácter intelectual al quehacer académico del docente, a la vez que se constituye en un complemento invaluable de la publicación oral. Pasar, pues, de la publicación oral a la publicación impresa es el imperativo académico de todo docente con vocación intelectual.

Que las notas de clase, las reseñas de libros, los apuntes para la conferencia, y en general el archivo personal que todo docente universitario maneja, pueda traducirse en una publicación impresa no es sólo una tarea “teóricamente posible sino también realizaciones concretas y efectivas” que el profesor Cataño ilustra en numerosos ejemplos, tomados tanto de Europa como de Estados Unidos y de América Latina. Ello depende entonces de la disciplina, del trabajo persistente y organizado, así como del compromiso del docente con su labor intelectual.

A estas conclusiones llega el autor después de haber impugnado las tradicionales prácticas pedagógicas orales imperantes en nuestras universidades. Sin embargo, algunos elementos claves del problema quedan por fuera de su análisis (él mismo lo

reconoce en el caso de las condiciones institucionales) como ocurre con los cambios que están experimentando las formas de presentar y divulgar el conocimiento, introducidos por la irrupción de las nuevas tecnologías de la información. Es esto lo que inspira al filósofo italiano Giorgio Colli cuando, al referirse a Occidente en su sugestivo ensayo *El libro de nuestra crisis*, anota que “la transformación de los medios de expresión ha producido la crisis actual de los instrumentos tradicionales de expresión, en particular, de la palabra impresa”. Pero ocurre que en América Latina el caso no es exactamente el mismo. Aquí, la hegemonía de una oralidad persistente en el ámbito académico de una universidad masiva y poco comprometida con la producción de conocimiento, no puede plantearse directamente en términos de crisis de la escritura, como tampoco de atraso cultural. Es esa inextirpable, enraizada y terca matriz oral la que toma cuerno en la palabra hablada y ritualizada de nuestro profesores, que en verdad hablan demasiado, y que al llegar el momento del rigor y organización de las ideas expresadas, no sólo en las aulas sino también en los pasillos y cafeterías, prefieren quedarse en el anonimato a pesar de las seducciones de los puntos que les proporciona la publicación de un texto en su escalafón docente.

Pero cuidado. Esta crítica puede convertirse en elogios no siempre merecidos para quienes publican lisa y llanamente. ¿O acaso quienes lo hacen siempre agregan ideas nuevas al conocimiento? ¿o los que persisten en la oralidad repiten o calcan siempre lo que otros han dicho? Sin apologías y sin rechazos podemos afirmar que “somos hijos de la oralidad, pero estamos marcados por la escritura” y, por desgracia o por fortuna, quienes nos movemos en el campo de la educación superior somos solicitados constante y necesariamente por la escritura y por la publicación impresa.

